tiendo que, en mi opinión, una de las principales virtudes de las obras de don Darío es precisamente su enorme generosidad de intereses intelectuales y estéticos. Sus estudios, sin dejar de ser plenamente científicos, están muy lejos de la aridez que en ocasiones caracteriza a explicaciones demasiado técnicas y, por ende, frías. En los textos de Darío Villanueva, gracias por una parte a su fina sensibilidad de lector y, por otra, a su elegante redacción, se obtienen, en pocas palabras, estudios que no deben clasificarse simplemente como investigaciones semiológicas o de poética estructural. Son investigaciones que —aunque, como debe ser, se benefician de toda la ciencia semiótica contemporánea, de naturaleza predominantemente formal— jamás renuncian a la crítica culta, exquisita, erudita, elegante, de enorme tradición en nuestra lengua.

Felicito calurosamente a la Universidad de Aguascalientes por haber establecido relaciones académicas con la Universidad de Santiago de Compostela y, sobre todo, con su ex rector magnífico, don Darío Villanueva. Esto habla de la importancia que está concediendo esta casa al estudio de las humanidades. En nuestro país, lamentablemente, no pocas escuelas de estudios superiores suelen llamarse universidades a pesar de que no se enseñan en ellas las humanidades. Por lo que veo, no es el caso de la de Aguascalientes. Ojalá que influencias tan benéficas como la del Profr. Villanueva ayuden a fortalecer aquí el estudio de disciplinas esenciales como, entre otras, la filosofía, la lingüística, la literatura, la historia... Ello sin duda conduce al fortalecimiento de la universidad en su conjunto. ~

Disección del exilio

David Bak-Geller

~

Carlos Pereda,
Aprendizajes del exilio,
Siglo XXI editores, México, 2008.

Decimos frecuentemente que la experiencia nos enseña tal o cual cosa, que recibimos lecciones de nuestra experiencia, que aprendemos de ella. Éste es el tipo más básico e imprescindible de aprendizajes: sin ellos no podríamos vivir. Pero, además de los que recibimos de esa "escuela de la vida", hay otro tipo de aprendizajes que son más difíciles de adquirir porque requieren mucha más elaboración y la participación de varias personas, a veces de muchas generaciones y hasta de siglos. Para aprender de algunas experiencias hace falta escuchar a los involucrados, conocer su historia, saber qué instituciones las enmarcan —posibilitando u obstruyendo esas experiencias—, conocer qué lugar han tenido en la tradición del pensamiento, del arte, de la religión.

El viaje, por ejemplo, puede pertenecer a tal tipo de experiencias. Hay algo así como una "sabiduría de los viajes", extendida popularmente, pero también defendida y promulgada por los más ilustres filósofos y escritores: Descartes, casi toda la Ilustración, muchísimos escritores, creían que los viajes, vividos y contados, nos brindan aprendizajes importantes. Y mucha gente cree que los viajes nos abren la visión, nos hacen más tolerantes con las costumbres ajenas, nos enseñan algo sobre nosotros mismos y sobre el mundo. No es un aprendizaje espontáneo, ni infalible; tiene épocas en que es más importante, otras en las que se oscurece.

Hay varias experiencias así, que se repiten, aunque no son totalmente típicas, que aparecen como posibles fuentes de sabiduría práctica. Una de estas fuentes —una fuente dolorosa, en contraste con los viajes, por ejemplo—, que estuvo muy presente en un pasado lejano, sobre la que se reflexionaba y se escribían poemas y hasta tratados de filosofía, es el exilio. En la Biblia, en la antigüedad griega y romana, el exilio —y las preguntas de ¿cómo vivirlo?, ¿cómo asimilarlo?— era un motivo de reflexión. Esa fuente, esa reflexión sobre el exilio como una experiencia reveladora, no es nada frecuente entre los modernos y parece que se ha secado. Carlos Pereda, en este libro, cree que la sabiduría sobre el exilio, tan viva en la antigüedad, no es un pasado muerto, sino un pasado presente; y que no sólo sería importante rescatar esa sabiduría, sino, desde nuestra actualidad, reflexionar y buscar nuevas formas para acceder a los *Aprendizajes del exilio*. Y en el camino —en el camino de la reflexión sobre el exilio— nos enseña otras muchas cosas; sobre filosofía, por ejemplo, y sobre la imaginación teórica.

El exilio es a la vez una experiencia individual y social. Es un tipo de desplazamiento forzado, pero no el único. Comparte un campo de significación con el destierro, con la emigración, con los refugiados. Seguramente varios de los lectores tendrán una idea más o menos vaga sobre el exilio. El primer capítulo del libro es, pues, un recorrido por las palabras en el que Pereda nos aclara un poco la particularidad del exilio y de los exiliados, nos cuenta algo de la historia de los que han hecho del exilio un tema importante, comenzando con la Biblia, en donde el exilio del pueblo de Israel es tan importante, y continuando con

GalaxiaGutenberg

Aristipo y los cínicos y con los estoicos. Desde el principio Pereda nos enseña cómo hay formas muy diversas de considerar el exilio. Aristipo respondía a él diciendo: "En todas partes soy un extranjero". Y los estoicos lo afrontaban con otro reto: "En todas partes estoy en casa".

Es indudable que para saber algo del exilio hay que escuchar a los exiliados. Las víctimas del exilio.

Constituyen, dice Pereda con una frase de Primo Levi, "la materia prima de la indignación". Nada, ningún aprendizaje sobre el exilio es posible si no se tienen presentes las demandas de la subjetividad de las primeras personas. Los testimonios de los exiliados, su recuento directo de la injusticia, nos obligan a "interrumpirnos". Lo que Pereda llama "el arte de interrumpirse" está presente a lo largo del libro. Los testimonios del sufrimiento y de la indignación instan a interrumpir las reacciones habituales del que escucha. Desaferrarse de sí mismo, mirar y escuchar con atención al otro. Los testimonios son vastísimos y muy diversos. Todos ellos están coloreados por las demandas propias de la subjetividad. Es por eso que para construir un saber sobre el exilio no es suficiente —por muy importante que sea— la "materia prima" de la indignación: es necesario elaborarla de alguna manera. Carlos Pereda comienza por hacer una tipología de las experiencias del exilio partiendo no de testimonios directos de los exiliados sino de una clase de metatestimonios en los que la experiencia ya ha sido elaborada de alguna forma. Pereda escogió utilizar algunos poemas escritos por poetas españoles y latinoamericanos del siglo xx en el exilio como metatestimonios a partir de los cuales elaborar la tipología.

Algunos de los hallazgos más hermosos del libro se encuentran en estos capítulos centrales que describen, apoyados en fragmentos poéticos, tres diferentes tipos de experimentar el exilio. La elección de las tres clases de exilio es ya muy acertada: el exilio como pérdida, el exilio como resistencia y el exilio como umbral. Pereda, apoyándose en poetas como Pedro Garfias y Luis Cernuda, Rafael Alberti, Gonzalo Rojas y Juan Gelman, va trazando las posibilidades y las profundidades de estas tres formas típicas de habitar el exilio. Va introduciendo fragmentos de los poemas sobre el exilio, va organizando metatestimonios siempre con respeto a la letra pero con seguridad para interpretarlos o simplemente dejarlos hablar por sí mismos. Rodeados por la presencia de los poetas, los tipos que describe Pereda —el exilio como pérdida, resistencia y umbral— resultan muy vivos, muy encarnados.

Vivir el exilio como pérdida, pensar y sentir que "todo lo que importa está hecho ruinas" y abrazarse a esta melancolía; vivirlo como resistencia, luchando contra la injusticia del orden o el desorden establecido; vivirlo como umbral, crear una vida a partir de nuevas emociones y experiencias. Carlos Pereda presenta muy vivamente estas formas de afrontar la propia experiencia, y que rebasan aun el tema del exilio. Cada una es necesaria para una sabiduría directa del estar exiliado. Hay la necesidad de dolerse por la pérdida, pero también de resistir con valor, y también de ver la nueva vida como un umbral de posibilidades originales. Carlos Pereda nos hace propuestas y ensaya consejos sobre estos aprendizajes directos del exilio. Sobre el exilio como resistencia, nos dice, por ejemplo, que "hay un tiempo para resistir y un tiempo para romper tanto con la situación que se resiste como con el mismo resistir". Y también nos advierte sobre las paradojas y los peligros de cada forma de experimentar el exilio.

Para cada uno de los tipos de exilio Pereda nombra el tipo de metatestimonio del que él echa mano y en el que se traslucen las experiencias. La tipología de los poemas es más que digna de tenerse en cuenta y los nombres que les da Pereda son hermosos y memorables: al exilio como pérdida le corresponde el poema-testamento; al exilio como resistencia, el poema-proclama; al exilio como umbral, el poema-conjuro. A cualquiera que le interese la poesía verá en estas distinciones una fuente de posibilidades, y hasta de reutilizaciones de estos conceptos en distintos contextos. La perspectiva del exilio es capaz de decirnos algo sobre la poesía que no habíamos visto a profundidad.

Pero hay mucho más que puede ser visto con una nueva luz si lo miramos a través del exilio, si nos dejamos llevar por estos *Aprendizajes*. En la segunda parte Pereda ensaya algunos saltos arriesgados y nos asoma a temas importantes de la filosofía política y moral desde un lado inesperado. ¿Qué pasará, pregunta, si miramos una cultura en su conjunto desde el ángulo del exilio? ¿Llegaremos a algún lado si reflexionamos sobre una cultura —su estabilidad y sus cambios— teniendo en cuenta el ir y venir de sus materiales extranjeros, en analogía con el ir y venir de los exiliados? Estas preguntas, que se formulan en la filosofía, en la sociología, en la antropología, pero desde otros puntos de partida; estas preguntas que, puestas de otro modo, a veces atoran más de lo que liberan al pensamiento, reciben con la original forma de plantearlas en este libro una nueva pertinencia.

El ensanchamiento de la perspectiva que va ganando al enfocar problemas sociales y morales lleva a Pereda a un ámbito que conoce bien y sobre el que ha escrito antes. ¿Qué es ser un

agente y por qué es tan importante la práctica de argumentar sobre conflictos morales? En este libro la perspectiva del exilio nos brinda una nueva ruta: la distinción entre una moral para arraigados, con normas tradicionales y espontáneas, y una ética para desarraigados, en la que se inaugura la posibilidad de rebasar —de alguna forma, aunque sea a tientas— los valores y las normas de una tradición dada. Poner en duda los propios valores al hacerse patente la diversidad de las culturas (y de los contenidos nómadas dentro de una misma cultura) nos lleva a descubrir que la persona que se mueve impulsada por normas éticas ejerce de alguna manera su autonomía como un ser desarraigado.

En algunos momentos es importante anteponer la imaginación filosófica sobre el rigor teórico. Carlos Pereda ensaya aquí una lectura de la *Fundamentación de la metafísica de las costumbres* de Kant —ese libro más que venerable, sobre el que se ha escrito tanto y tanto— desde la perspectiva del exilio. No es una lectura exegética, por supuesto, pero sí un guiño muy interesante. Las metanormas éticas, las tres formulaciones del imperativo categórico, nos son presentadas con una gran claridad, traspuestas a un lenguaje del arraigo y el desarraigo, de la pertenencia a una cultura y del tomar distancia de ella. A través de la perspectiva del exilio es posible evitar los caminos trillados de la lectura y del pensamiento, romper diques de la costumbre, y exponernos para pensar otra vez, con otro lenguaje, la más alta empresa de la ética. El último capítulo del libro es un breve apéndice sobre dos filósofos españoles del siglo XX que vivieron en el exilio casi todas sus vidas. Ambos discípulos libres y originales de Ortega y Gasset; ambos con un legado para la filosofía de nuestra lengua: José Gaos y María Zambrano. La presencia de María Zambrano en este libro de Carlos Pereda no está sólo en este apéndice: me parece que se hallan ecos silenciosos y subterráneos a través de todo el texto. Esta frase, por ejemplo, escrita por ella hacia el final de su vida, tiene afinidades con *Los aprendizajes del exilio*. Dice María Zambrano: "Creo que el exilio es una dimensión esencial de la vida humana, pero al decirlo me quemo los labios, porque yo querría que no volviese a haber exiliados, sino que todos fueran seres humanos y a la par cósmicos, que no se conociera el exilio. Es una contradicción, qué le voy a hacer…". Esta contradicción que le quema los labios a María Zambrano, el que el exilio sea una dimensión esencial de la vida humana y a la vez una experiencia de dolor e injusticia, está presente en este libro. Y por lo tanto sus reflexiones, sus argumentos, sus invenciones nos remiten a otras experiencias que tienen este mismo carácter contradictorio: ser muy reveladoras, contener enseñanzas particulares y al mismo tiempo ser ineludiblemente dolorosas.

Hacia el final del libro escribe Pereda que, en lugar de llamar a este trabajo con un término antiguo y prestigioso como "meditación" o "reflexión", que seguramente le correspondería, él prefiere llamarlo un "panfleto civil". El término revela modestia, y también humor. Pero me parece que también dice algo más. Muy lejos está este libro de ser lo que llamamos comúnmente "panfletario" o "panfletero" y que no es precisamente una calificación halagueña. En muchos aspectos este libro es justamente lo contrario de un panfleto: a la exaltación de un solo punto de vista que caracteriza a lo panfletario, este libro contrapone justamente la pluralidad de visiones, la mediación entre voces aparentemente opuestas, el ensanchamiento de perspectivas. A la arrogancia de lo panfletero, que se presenta como única opción y como única verdad, *Los aprendizajes del exilio* opone propuestas siempre tensas y siempre frágiles.

Pero el nombre de "panfleto civil" es revelador por otro motivo: nos recuerda que la filosofía en particular y la reflexión y el pensamiento en general no están siempre en su mejor lugar en aulas académicas y cubículos universitarios. Hay trabajos, como este de Carlos Pereda, cuyo alcance va más allá: admite una gran variedad de lecturas, estimula pensamientos en distintas direcciones. Como él mismo escribe, "Quien ha comprendido que la razón es, ante todo, capacidad de juicio, no ignora que hay muchos estilos filosóficos, matemáticos, musicales… y, olvidando las escuelas y las modas del momento —en los tiempos modernos tan ruidosamente cambiantes, por lo demás—, sabe que cada uno debe cultivar aquel estilo en el que pueda expresar mejor sus mejores pensamientos… El resto no es más que el deseo de encumbrarse con la envidia de los colegas o, más bien, de algunos epígonos, ese agitadísimo aburrimiento".

Para los que frecuentan la filosofía, *Los aprendizajes del exilio* es un libro que liberará los hábitos rígidos del pensamiento, en el que encontrarán muchas direcciones a explorar con originalidad, sin sacrificar la seriedad de la argumentación. Para los que no se dedican a la filosofía, es un libro lleno de hallazgos prácticos y teóricos, que provoca la reflexión sobre temas muy principales del saber y la práctica de ser agentes.

Este libro de Carlos Pereda nos guía por el arduo saber de interrumpirnos. Interrumpirnos para poder hablar y actuar más responsablemente y más generosamente, enriquecidos por algunos aprendizajes del exilio. ~